

# Historia de la Filosofía

---

(Continuacion. Ver Nos. 39-42)

## 8) *La filosofía escolástica*

Con el neo-platonismo se declara la filosofía antigua en bancarrota e, impotente para resolver racionalmente los problemas filosóficos, recurre a una solución mística. Pronto se derrumba también el ambiente donde actuaba: el imperio Romano, en decadencia progresiva que arranca ya de los últimos tiempos de la república, se despedaza a los golpes de los invasores bárbaros, los germanos del norte y los árabes del sur. Sólo el imperio Romano Oriental, el Bizantino, se conserva todavía 1000 años más y con él el recuerdo de la antigua civilización, pero sin adelantar más en nada.

En el oeste produce la invasión de los pueblos bárbaros un enorme retroceso de la cultura humana y sólo poco a poco, en un trabajo lento de siglos, logran los conquistadores de Roma asimilarse la civilización clásica que recién en los tiempos del Renacimiento surge otra vez con todo su esplendor.

A la investigación filosófica imprimen las concepciones religiosas del cristianismo nuevos rumbos y se desarrolla una filosofía enteramente distinta de la griega, la *filosofía escolástica*. La primera era libre, sin sujeción a dogma alguno y buscaba la verdad sin conocerla. En la Edad Media en cambio la filosofía es una servidora de la teología; la verdad está en los dogmas, los cuales trata de probar la filosofía por medios racionales con el sistema usado en las matemáticas, q. d. formulando primero lo que había que probar. En la filosofía griega hay pues libertad del dogma, en la escolástica imposición del dog-

ma. El problema ontológico lo resuelve la Edad Media por el dualismo: el mundo es el mal, el mundo trascendental más allá de la vida, el bien; el lógico por el silogismo reformado por la escolástica, pero siempre con la base de la revelación de los dogmas establecidos e intangibles. Sin embargo no se debe creer que estos mil años de la Edad Media hayan sido de tranquilidad absoluta; al contrario, había una actividad intelectual muy grande; pero la lucha de las diversas tendencias se libraba dentro de las condiciones del dogma, pues el heterodoxo se exponía a la persecución, también física de la Iglesia.

En los primeros años del cristianismo se prescindía por completo de la filosofía. Luego se buscaron argumentos para probar racionalmente los dogmas y la escolástica pasó en el curso de los tiempos por las siguientes tres fases:

1º Cree que los dogmas pueden explicarse racionalmente;

2º Con Tomás de Aquino se efectúa una división: hasta cierto punto se pueden explicar los dogmas, pero hay dogmas superracionales.

3º Los dogmas son materia de la fe; la filosofía no puede explicarlos.

En la 1ª época predomina la influencia platónica. A la afirmación de ideas platónicas se llega por conceptos universales. Se supone que las «Universalía» tienen existencia fuera de las cosas: *Universalis sunt ante rem*. (Anselmo de Canterbury, 1033-1109).

En la 2ª época Tomás de Aquino (1225-1274), bajo la influencia de la doctrina Aristotélica, propagada por los árabes, modifica el concepto platónico y se acerca a Aristóteles: *Universalis sunt in re*.

Finalmente surge la tercera fase, el nominalismo: *Universalis sunt post rem; sunt nomina* (Guillermo de Occam, † 1347). Con el advenimiento del nominalismo pierde la escolástica su objeto y termina en la teoría de la doble verdad: «Algo puede ser verdad en religión y no en filosofía y viceversa.» Esta teoría, cuya sede principal era en el siglo XIII la Universidad de París, constituyó naturalmente sólo un subterfugio: El hecho era que la filosofía había llegado a verdades filosóficas diferentes de las dogmáticas.

Concurrieron también otros factores a acelerar el fin de la escolástica: un fenómeno religioso ante todo, el *misticismo*. Los místicos, con el sentimiento de su fe, juzgan superflua la demostración de los dogmas, y hasta dañino que la religión estuviera supeditada a la razón. El místico se identifica con su dios y su mejor representante Francisco de Asís llega a confundirse con la naturaleza y dios, es por consiguiente pan-teísta. Otro místico, Nicolás de Cusa (1401-1464), «el primer pensador moderno», llega a la conclusión de la «*docta ignorantia*» y de la indemostrabilidad de los dogmas; coincide pues con los nominalistas, siendo místico.

A esto se une el cambio de la sociedad. En la Edad Media predomina la nobleza y el clero. La filosofía está en poder del clero. Pero lentamente se forma una capa burguesa que mejora sus condiciones económicas; esta clase social corresponde a intereses distintos de los del clero.

Para los escolásticos no había más idioma que el latín y así sólo los eruditos podían alcanzar la ciencia. Cuando ésta se vulgariza en los idiomas populares, los romances, empieza una emancipación. También el horizonte físico se agranda para el hombre y los viajeros, cuya serie comienza Marco Polo, traen noticias de altas civilizaciones completamente distintas de las conocidas hasta entonces. Las cruzadas, por su parte, también influían en este sentido. Se inventa la brújula y hay otros grandes descubrimientos, sobre todo el de la imprenta. Hasta entonces se podía estudiar solamente en las universidades y conventos donde había nutridas bibliotecas y colecciones de documentos. La invención de la imprenta es lo que permite la divulgación de los conocimientos.

La nueva capa social es laica y prepara el Renacimiento. Este nombre es convencional y muestra sólo una fase de este desarrollo ya preparado, un detalle: el renacimiento del amor a los estudios clásicos.

### 9.) *La filosofía del Renacimiento*

El Renacimiento se inicia lentamente y no termina de un modo brusco; su principal desarrollo está en los siglos XV y XVI y su apogeo entre los años 1450-1550. El punto de par-

tida es Italia. Ahí estaban reunidas las condiciones para que se produjera el gran movimiento. Ahí había un contacto continuo con el imperio bizantino, ciudades grandes y ricas, y ahí se perfecciona primero el idioma nacional con Dante, Boccaccio y Petrarca. En Italia se refugiaban también muchos sabios griegos huyendo de Bizancio que amenazaban conquistar y conquistaban finalmente en 1453 los turcos.

Uno de ellos fué el platónico Gemistos Plethon (1355-1452) que encabezaba la reacción contra el Aristotelismo, abriendo en Florencia bajo la protección de Cosme de Médicis una *academia Platónica*. Su primer presidente era Marsilio Ficino y los miembros de esta doctrina tomaron con ardor religioso la defensa de Platón. La enemistad contra Aristóteles adquiría formas tales que parecía que Aristóteles fuera un personaje contemporáneo.

Entre los Aristotélicos mismos surgieron divergencias y se trataba de interpretar a Aristóteles de una manera distinta de como lo hicieron los escolásticos, entre ellos ante todo Tomás de Aquino. Se formaban corrientes opuestas, de las cuales recordaremos como principales los *Averroistas*, con tendencia místico-panteísta, que interpretaban a Aristóteles según el filósofo Averroës, un árabe de Córdoba (1126-1198) y que tenían su baluarte en la universidad de Padua, y los *Alejandristas*, con tendencia deísta-naturalista, que se basaban en la interpretación del griego Alejandro de Aphrodisias. Su sede principal era la universidad de Bologna. Unos y otros eran heterodoxos. Según el primero de los Alejandristas, Pomponatio p. ej., el alma no es inmortal y desaparece en su individualidad al desaparecer el cuerpo. Los Averroistas solían llegar a conclusiones panteístas: que el alma pertenecía al alma universal de las cosas y desaparecido el cuerpo, acababa el alma. Ambos se apoyaban en la «doble verdad» para evitar conflictos con la Iglesia.

Pronto se agregaron a estos sistemas las otras doctrinas filosóficas de la antigüedad: la *estoica*, cuyo representante principal fué Justo Lipsius, la *epicúrea* que renovaba Pierre Gassendi, y la *escéptica*.

Otros por su parte querían emanciparse de la filosofía griega. Observaban la naturaleza y formaban una filosofía

naturalista, tomando los conocimientos empíricos existentes y apropiándose de los progresos de las ciencias naturales para la filosofía. Teóricamente afirmaban la necesidad de la experiencia, aunque prácticamente no se apartaban mucho de la filosofía griega. Al fin llegan al panteísmo, como *Giordano Bruno* (1548-1600). Según él no hay más que un principio inmanente; pero como un sólo principio no podía explicar todos los fenómenos establece por primera vez la teoría de las mónadas que aparece más tarde otra vez con Leibniz. La trinidad la reduce a los tres atributos: Poder, sabiduría, amor; niega la divinidad de Jesús. Su exposición es más bien poética, su obra, de imaginación.

En frente de tal cantidad de teorías tuvo que sobrevenir fatalmente el *escepticismo*, como había surgido con los sofistas en la época pre-socrática. Tiene representantes de gran importancia como *Michel de Montaigne* (1532-92), el espiritual hombre de mundo que profesaba un escepticismo elevado, apartándose de discusiones inútiles, *Pierre Charon*, *Luis Vives* y *Francisco Sánchez*. Al desarrollo de este estado de ánimo contribuían las tantas sectas religiosas que pretendían todas tener la verdad, naciendo así también el escepticismo religioso.

Con todo, había falta de sinceridad en el desarrollo de estas teorías; porque lo que caracteriza ante todo la época es una exageración de la libertad individual; la autoridad estaba minada; en política triunfa el perfecto egoísmo sin restricciones. El único sincero que pinta la situación real es *Niccoló Machiavelli* (1469-1527). Su teoría es amoral, pero está vinculada a altos ideales; señala a su príncipe un alto propósito: la unificación de Italia, aunque los medios que indica sean ilícitos. Hay que tener presente la época en la cual hasta los pontífices llevaban una vida harto amoral.

El escepticismo tampoco se impuso porque es una posición negativa y el espíritu humano lo rechaza. El desenlace del Renacimiento fué una reacción; al período tan agitado sigue una *contrareforma* que trata de volver a los propósitos de la Edad Media, lo que naturalmente tampoco era posible porque las circunstancias habían cambiado. Ante todo había una literatura y una ciencia laicas y las condiciones económicas eran completamente distintas. La autoridad había sido socavada en el Re-

nacimiento; la reacción fué a reponerla en todos los órdenes. El nombre de contrarreforma no puede tomarse al pie de la letra, pues no era solamente una lucha del catolicismo contra el protestantismo y hasta se producía también en los países protestantes.

El pueblo menos conmovido por el Renacimiento era España. Hubo también humanistas, como Luis Vives, un verdadero precursor de Bacon, y Francisco Sánchez, pero después de 1550 se retorna a la escolástica. *Francisco Suárez* es allí el verdadero renovador de la escolástica, cuyos principales sostenedores, los jesuítas, ganan una gran influencia, sobre todo en la enseñanza.

En el sentido político, la reacción crea el absolutismo y acaba con los últimos restos del feudalismo, formándose grandes estados como Francia, España e Inglaterra.

Vemos pues a fines del siglo XVI en el orden filosófico como doctrina dominante al dogmatismo y al escepticismo. En ese momento y bajo tales circunstancias nace la filosofía moderna.

## LA FILOSOFIA MODERNA

El advenimiento de la filosofía moderna, a principios del siglo XVII, es el último retoño del gran movimiento regenerador del Renacimiento que había revolucionado una tras otra las más diversas esferas de la actividad intelectual humana. En los primeros decenios del siglo surge Bacon, hacia la mitad del mismo Descartes, los dos filósofos que debían encabezar las dos corrientes paralelas del pensamiento filosófico moderno.

La filosofía del siglo XVI había llegado al dogmatismo y al escepticismo. El dogmatismo, impuesto en la contra-reforma por el Estado y la Iglesia aliados, no pudo destruir, sin embargo, el principio del libre examen que había prevalecido en el Renacimiento y que trata de resurgir en la filosofía. Tampoco pudo impedir el estudio científico de la naturaleza cuya necesidad se había proclamado en Italia ya en el siglo XVI, aunque en forma más bien teórica y poética. En el siglo XVII se refuerza esta tendencia. Los nombres de Kepler, Galilei y

Newton por sí solos bastarían para llenar el siglo! Este desarrollo de las ciencias exactas contribuye a dar a la filosofía una orientación determinada y precaverla de divagaciones mentales.

No satisfaciendo a los intelectuales ni el dogmatismo ni el escepticismo, ya que es una posición negativa, se imponía otra vez el problema lógico. ¿Cuál es y dónde está la verdad? Así se inaugura la filosofía moderna con dos obras sobre el método: El «Novum Organon» de Bacon y «Le discours de la méthode» de Descartes. Ambos se plantean el mismo problema, pero lo resuelven en sentido opuesto. El primero se apoya en la experiencia, el segundo en la razón y de sus obras surgen dos orientaciones distintas cuyo desarrollo ha seguido paralelamente: La escuela *empírica* (inglesa) que arranca de Bacon y la *racionalista* (francesa) que proviene de Descartes. Ambas escuelas tuvieron representantes de gran mérito. A Bacon siguen Hobbes, Locke, Berkeley y Hume; a Descartes Espinoza, Malebranche, Leibniz y Wolff. La filosofía francesa del siglo XVIII, la Enciclopedia, con sus principales representantes Montesquieu, Voltaire, Diderot, D'Alembert, Condillac, Lamettrie, Helvetius y Rousseau se apoya en elementos de las dos tendencias agregando muchos conceptos nuevos. Finalmente surge Kant que ocupa en la filosofía moderna una posición central, como Sócrates en la griega. En él culmina la escuela racionalista, si bien deriva a la vez de Hume y de Rousseau como de Leibniz y de Wolff, es decir, de tendencias distintas entre sí. Su filosofía es el resultado de los impulsos más importantes del movimiento filosófico de toda la época moderna. Señala el fin de una evolución y el principio de otra nueva.

## 10.) RENE DESCARTES

(1596-1650)

Descartes, representante de una familia distinguida y rica, fué educado en el famoso colegio de La Flèche, dirigido por los jesuitas, ambiente sin duda favorable al movimiento de la contra-reforma que trataba de ahogar los impulsos que

había dejado el Renacimiento con la vuelta al dogmatismo medieval. Sin embargo, Descartes no quedó satisfecho con la enseñanza de sus maestros; al contrario, después de terminar sus estudios, se penetró de la insuficiencia de los conocimientos adquiridos y pensó que en nada lo ayudaban para resolver muchas dudas de su espíritu. Gran cultivador de las matemáticas, pensó que sus aplicaciones deberían elevarse por encima de la mecánica y, dominado por la evidencia y certeza de sus conclusiones, buscó el medio de aplicarlas al conocimiento de la verdad que suponía única.

Las ideas de Descartes que en su conjunto constituyen lo que se denomina el «Cartesianismo», están expuestas fundamentalmente en su obra «Le discours de la méthode».

Afirma Descartes que al dedicarse a la filosofía no tiene en vista ningún interés material, queriendo demostrar así su completa independencia de espíritu. Efectivamente con Descartes y Bacon aparecen hombres que representan una capa social distinta de la del clero que durante la Edad Media había monopolizado la filosofía. Este fenómeno está ligado con la evolución económica y era necesario para que la filosofía moderna se acercase a la griega en cuanto a abordar los problemas con entera libertad. La filosofía de la Edad Media era una servidora de la teología. Francisco Suárez que era jesuita decía que la filosofía tenía que ser cristiana. Esta dirección dominaba en las universidades. Pero ninguno de los filósofos modernos hasta Kant ocupó una cátedra universitaria y la filosofía de Descartes no era la filosofía directriz de la época. Representaba, al contrario, un acto revolucionario, no tanto por las conclusiones a que llegaba, como por su convicción de poder alcanzar la verdad por medio de la razón sin ayuda de la revelación, y tuvo que luchar para imponerse. Descartes está caracterizado por su oposición a las direcciones intelectuales de su época, pero como hombre de mundo disimula muchas veces sus ideas para no crearse conflictos con las autoridades.

Para obtener en su filosofía consecuencias indudables como las de las matemáticas, toma Descartes la geometría y el álgebra y quiere agregarles la lógica. Su raciocinio descansa sobre el método deductivo, pero sin embargo no desconoce la im-



portancia del inductivo, aunque en realidad esquivaba su aplicación. Critica el silogismo por sus sutilezas, pero no le hace el cargo principal de que no puede dar más de lo que contiene la premisa. Su espíritu no está constituido en sentido empírico; no cree que la verdad puede surgir de una premisa encontrada empíricamente y su crítica del silogismo es solamente formal.

Cree que por medio de sus cuatro reglas: evidencia, análisis, síntesis por inducción y enumeración completa, pueda llegar a la verdad absoluta; para él existe una sola verdad y afirma su convicción de poderla alcanzar. Las verdades a que pretende llegar deberán ser iguales en evidencia a las verdades matemáticas. Descartes no ve que las verdades matemáticas están en el caso del silogismo: no dan ninguna novedad, ningún hecho nuevo; carecen de contenido y su evidencia es ilusoria. Antes de afirmar nada, resuelve dudar de todo y quiere sacar de nuestro espíritu todos los prejuicios. La duda cartesiana tiene antecedentes. Sócrates también fingía ser ignorante acerca de lo que intentaba dilucidar. Pero la ignorancia socrática era irónica; él no estaba convencido de que ignoraba todo. No así la duda cartesiana. Tal vez Descartes no se había despojado de todas sus convicciones como lo afirma; de ahí su preconcepto de una verdad absoluta y su convicción de que la razón humana pueda alcanzar la verdad; también supone que el concepto de causa es aplicable en todos los casos. Recién más tarde con Hume aparece la verdadera duda escéptica; la de Descartes es solo una preparación.

Dudando de todo no tiene Descartes punto de partida para establecer la verdad; no puede plantear premisas y emplear el silogismo. Pero tiene la conciencia de una actividad psíquica y plantea la cuestión así: «Pienso, luego existo», afirmación que es el fundamento de toda especulación filosófica. Penetrarse bien de esta verdad es la única manera de salir del realismo ingenuo para penetrar resueltamente en el campo filosófico. Lo grave es que este hecho es un tanto estéril. Descartes mismo tendrá más tarde que hacer esfuerzos inauditos para abandonar esa posición que lo lleva al *idealismo subjetivo*. Admitiendo como verdadero todo lo que pasa en nuestro espíritu se llega al «solipsismo»; es decir, a conside-

rar que nada verdadero existe fuera de nuestro Yo. La conclusión es así absurda: Sólo lo que yo pienso es lo que existe; los demás seres y cosas, fuera de mí, no existen. Sin embargo es la conclusión a que han llegado muchos filósofos: Ese Yo es el Yo universal, concentrado en mí; todo el universo material resulta una ficción; pero también mi Yo, único distinto de todos los demás, es igualmente una ficción. Los alemanes, principalmente Fichte, han tratado de solucionar la cuestión por medio de transiciones; es así que puede considerarse el Yo individual como una manifestación del Yo universal. No fué aceptado el propósito de Descartes. No imaginaba que él sólo existiera ni pensaba negar la existencia de todo lo demás. Tomaba la afirmación del contenido de nuestra conciencia, de la existencia del Yo, que es el rasgo característico de la filosofía moderna, tan sólo como punto de partida cierto para explicar la verdad del universo.

Comprendiendo que todos sus pensamientos se reducen a dudar y que conocer es más perfecto que dudar, infiere su propia imperfección. De ahí se eleva directamente a la idea de Dios que es lo perfecto. Lo lleva a la idea de Dios también la necesidad de una causa. Descubierta la existencia se pregunta: ¿De dónde viene? Siendo imperfecta ha de provenir de algo perfecto. He aquí planteada la idea de causalidad. Dios es la segunda verdad que reconoce. Descartes sale de sí mismo y se eleva a la causa, a la divinidad. El racionalismo ha asegurado que la idea de Dios es *a priori*. Descartes descubre la idea de causa, la de referir su existencia, a una anterior. La afirmación de una causa primera es arbitraria porque el eslabonamiento de causas es ilimitado. La idea de causa tiene algo de común con la de tiempo y de espacio, pues son también infinitas. Concediendo a Descartes el derecho de cortar el eslabonamiento de causas, nos encontramos con que este concepto es formal y no tiene contenido. Siempre se ha intentado darle un contenido concreto con los caracteres más distintos. Los primeros jónicos imaginaban una sustancia tangible: es materia. Heráclito dijo que era energía. Podemos llamarla Logos, razón universal, idea como Platón, voluntad, cosa en sí como Kant. La tendencia primitiva es personificarla en un concepto amplificado del hombre y tenemos así el concepto antro-

pomórfico. A la idea de Dios vinculamos la idea de personalidad. Esta era la idea de Descartes. A pesar de su duda no la había eliminado, creía en Dios. De la imperfección propia deduce la idea de un ser perfecto. De la sola idea de Dios se desprende ya su existencia, pues Dios involucra la existencia eterna y necesaria. No podemos representar a Dios porque la posibilidad de representar rige sólo para el mundo sensible. Los conocimientos sensibles no pueden reemplazar a los inteligibles y la existencia del mundo externo es menos segura que la de Dios. Siendo Dios perfecto, es verdadero. Entonces las ideas que nos presenta del mundo externo son verdaderas porque el ser perfecto no nos puede engañar. El mundo físico existe pues tal cual lo vemos. Si su noción es confusa, es debido a nuestra imperfección. También nuestros sentidos pueden engañarnos, pero debemos guiarnos por la evidencia de nuestra razón. En las meditaciones donde trata Descartes del error, lo vincula al mal uso que hacemos de nuestro libre albedrío al juzgar con precipitación sobre lo que no hemos distinguido claramente.

El sistema de Descartes termina en un dualismo: el antiguo dualismo aristotélico de la materia y del espíritu. Al analizar el mundo material ve que es susceptible de cambiar y modificarse; pero en algo persiste que es lo característico de todo material: la extensión. Despojando la materia de todo lo que puede modificarla queda el concepto de algo extenso. Si la despojamos también de esto, ya desaparece el concepto de la materia. El espíritu se distingue de la materia porque le falta el carácter de extensión.

Su teoría metafísica a la cual se vincula ahora principalmente su nombre, no parecía, sin embargo, originariamente al mismo Descartes tan importante como sus investigaciones naturalistas y matemáticas que él tenía por su mayor título de gloria.

Es Descartes el fundador de la interpretación mecánica del universo. Suyo es el concepto, entonces nuevo, de que los fenómenos del universo están regidos por leyes fijas e inmutables.

También se ocupó de problemas fisiológicos y al decir que los animales eran como máquinas quería expresar que las fun-

ciones del organismo se desarrollan en una forma ya determinada y obedeciendo a leyes. Pero Descartes no se animó a aplicar este concepto también al hombre y dice que el organismo humano es un mecanismo más complicado: además de las funciones forzosas tiene un alma racional que los animales no poseen. Vincula los estados de ánimo a ciertos estados fisiológicos y supone que al fenómeno psíquico lo acompaña un fenómeno físico. El alma está en el cerebro y algunos llegan hasta a interpretar su teoría en el sentido de que creía que la glándula pineal era el asiento del alma por su posición central y por ser única. No se pudo pues emancipar Descartes del error antropocéntrico que supone que el hombre es un ser excepcional y la naturaleza está subordinada a él.

El error geocéntrico que supone que la tierra es el centro del universo y que los planetas dependen de ella, ya había sido conocido en la época de Descartes. Copernico había desalojado esta teoría por la heliocéntrica. Le siguieron Kepler y Galilei, contemporáneos de Descartes. Al ser declarada heterodoxa la teoría de Galilei, se intimidó Descartes que se daba bien cuenta del error geocéntrico, pero que no se atrevía a declararse abiertamente partidario de este concepto por temor a un conflicto con la Iglesia. Creó entonces una transigencia en el punto cardinal de la discusión que era si la tierra se mueve o no. Decía que los astros nadan en un éter; este tiene torbellinos que mueven la tierra pero ella misma no tiene movimiento propio. Esta idea persistió bastante tiempo en Francia y cuando en el siglo XVIII, después que Newton había dado una certidumbre científica a la concepción de Galilei con su ley de la gravedad, la trajo Voltaire a Francia, le fué reprochado como falta de patriotismo querer desalojar las ideas de sabios franceses por las de ingleses. Aunque no se puede poner a Descartes en una fila con Copérnico, Kepler, Galilei y Newton, contribuyó sin embargo a destruir las viejas teorías ptolemaicas, a pesar de que su personalidad en este sentido no es tan importante.

Como matemático, finalmente se debe a Descartes la fundación de la geometría analítica y como físico un notable tratado de óptica.

Vemos siempre en filosofía que cada solución de un problema plantea algunos nuevos. Así también Descartes dejó sin solución una serie de problemas. Del dualismo cartesiano nacen las dificultades posteriores del racionalismo.

En la evolución del racionalismo hay dos conflictos: uno externo entre el racionalismo y el empirismo que gira en torno de las ideas ingénitas, y otro interno que se plantea sobre la explicación de la mutua influencia de las dos sustancias heterogéneas, espíritu y materia.

La oposición en el racionalismo y el empirismo está en que Descartes tiene que admitir concecimientos ingénitos, verdades *a priori*, mientras que Bacon reconoce solamente verdades *a posteriori*. Si se afirma que hay ideas ingénitas en nuestro espíritu podemos aceptar como verdaderas las conclusiones superiores al mundo físico, esto es, metafísicas; si se niega en cambio su existencia, no podemos salir de la experiencia y no hay metafísica. Para el empirismo sólo existe el mundo sensible, para el racionalismo también el inteligible. Para conocer lo inteligible es preciso que nuestra razón esté habilitada para ello. Para los racionalistas todo lo que derive de la experiencia es hipotético, con un valor relativo, y no reviste el carácter de necesidad. En cambio hay conclusiones que no podemos poner en dudas; las matemáticas, por ejemplo, revisten carácter de necesidad teniendo o no origen empírico. El racionalismo afirma una de estas verdades más importantes: todo efecto reconoce una causa. Es una afirmación que no podemos poner en duda y si aceptamos que es apriorística, estamos habilitados para podernos independizar de la experiencia: podemos hacer metafísica. Pero si decimos que proviene de la experiencia más o menos lejana estamos dentro del radio de los fenómenos físicos. El racionalismo de Descartes se basa en que estas verdades son superiores a la experiencia. Induce así el racionalismo al estudio de la metafísica; el empirismo al estudio de la cosmología y de la psicología. No es, con todo, nueva esta concepción cartesiana, sino en el fondo se remonta ya a Platón que negaba el carácter de verdad a lo que nos transmiten los sentidos y que es variable. Según él el objeto de la ciencia está en lo eterno, no en lo efímero y hay verdades en nuestro espí-

ritu que han existido antes de nuestra existencia en este mundo.

Otro importante punto de controversia entre las dos direcciones fundamentales de la filosofía moderna, está en la solución que dan al problema lógico. El método cartesiano es deductivo: de los principios generales deduce Descartes conclusiones referentes al hombre y a la naturaleza. Bacon, en cambio, usa el método inductivo: recoge datos singulares e induce reglas generales, tratando de llegar al origen de los fenómenos. Descartes, después de descubrir el sujeto, se eleva a Dios y de la afirmación de Dios deduce otras consecuencias; Bacon parte de los hechos naturales para llegar a Dios. Para el primero Dios es el punto de partida, para el segundo el de llegada.

El conflicto interno del racionalismo, sobre la relación entre espíritu y materia, se soluciona de tres maneras: Por el ocasionalismo de Geulinx y Malebranche y la teoría de la armonía preestablecida de Leibniz, ambas doctrinas ortodoxas, y la teoría heterodoxa de Espinoza, esta tercera la única viable.

*Arnould Geulinx* (1625-69) afirma que los fenómenos materiales se realizan con ocasión de los psíquicos. No hay influencia directa, pero Dios ha dispuesto las cosas de tal manera que cuando en nuestro espíritu hay una tendencia, se verifica el movimiento fisiológico ocasionalmente. Ni el cuerpo es la causa de la sensación consciente en el espíritu, ni la voluntad que se origina en el alma la causa inmediata del movimiento, sino la excitación en el cuerpo y la voluntad interna son solamente causa ocasional para Dios para producir una sensación en el alma o un movimiento en el cuerpo.

Algo diferente concibe *Nicole Malebranche* (1638-1715) el ocasionalismo. Sostiene que el universo se verifica en Dios y el movimiento psíquico da lugar al físico. Si hubiera seguido lógicamente su teoría, hubiera desembocado en el panteísmo. Pero eso no era su propósito. Dice que Dios es superior a la naturaleza; los fenómenos se desarrollan dentro de la divinidad. Dios contiene en sí los espíritus como el espacio contiene los cuerpos. Abandonando así el racionalismo, complica el problema con soluciones místicas. Desarrolla su teoría con

mucho talento, buscando convencer no sólo por la razón, sino también por la fe. La diferencia principal entre él y Espinoza es, según sus propias palabras, que según él el universo está en Dios, y según Espinoza Dios en el universo. Las especulaciones filosóficas de Malebranche a quien se adjudica el segundo puesto entre los metafísicos franceses, tenían por objeto principal de conciliar la religión con la filosofía, la metafísica con el cristianismo.

Dejando el estudio de Espinoza y de Leibniz que han dado las otras dos soluciones al problema del dualismo, para más adelante, mencionaremos entre los contrarios del cartesianismo dogmático a *Blaise Pascal* (1623-62), contemporáneo más joven de Descartes, que sobresale en la polémica que se suscitó al ser atacado. Descartes por los dogmáticos. Con cierto fanatismo antifilosófico niega a la doctrina de Descartes todo valor. Convencido íntimamente de la existencia de un mundo metafísico, rechaza la metafísica de Descartes cuyo raciocinio le parece débil e innecesario, tratándose de verdades indiscutibles. Era también aficionado a la geometría, pero no se dejó seducir por el raciocinio matemático. Somos impotentes, dice, para probar irrefutablemente todo el dogmatismo, pero tenemos una noción, irrefutable para los escépticos, de la verdad. Todo su sentimiento religioso profundamente místico está expresado fielmente en su famosa sentencia: «Le coeur a ses raisons, que la raison ne connait pas».

JUAN PROBST.

(Continuará.)

---